



representante oficial de la URSS, Anatoly Karpov.

La apertura

No son de hoy los problemas del ajedrez y el comunismo. Ya el mítico Alejandro Alekhine, nacido en 1892, el hombre que despojó del título mundial a Capablanca en 1927, había tenido graves problemas con los bolcheviques. Dice la leyenda o la Historia que, condenado a muerte por sus simpatías zaristas, fue visitado en su celda por Trotsky que jugó una partida con el atribulado campeón. Naturalmente, venció Alekhine y como en los buenos cuentos, Trotsky le dejó salir de la cárcel, mandándole al exilio. La vida rocambolesca de Alekhine, que jugó treinta y cuatro partidas con Capablanca antes de llevarse el campeonato, terminó misteriosamente en una habitación de hotel en el Palace, de Estoril.

Después, otro mito, el cubano Raúl Capablanca, hijo de un comandante español y nacido en el Castillo del Príncipe de la Habana, también comenzó a declinar. En los años treinta y cuarenta manda en el ajedrez el alemán Lasker y ya, entre 1948 y 1972 el predominio será indiscutiblemente soviético. Es la época de los grandes maestros: Botvinnik, Petrossian, Smyslov y Spassky, entre otros.

En 1967, un curioso antecedente de este enfrentamiento Oriente-Occidente en torno al ajedrez: se juega una partida entre dos computadoras, situada una en California y otra en Leningrado. Programaron las jugadas un equipo de operado-

res aficionados al ajedrez. Al final vencieron los soviéticos por tres partidas a una. Era un tanteo bastante inocente de lo que vendría más tarde.

Jaque mate

La buena sociedad blanca de los Estados Unidos organizó no menos de dos "cruzadas" para conseguir que el campeón negro de boxeo, Jack Johnson, fuera despojado de su título. Al final lo encarcelaron por abuso "en la persona de una mujer blanca" que era la propia novia de Johnson. Hitler organizó en Berlín una Olimpiada con la esperanza de mostrar, en el terreno deportivo, la supremacía de sus muchachos arios. Videla hace bien poco, revalidaba su dictadura con unos mundiales de fútbol y Franco utilizó al Real Madrid de los años cincuenta para hacer olvidar la humillación y el aislamiento que su dictadura había traído a este país.

El ajedrez, deporte bastante minoritario, había quedado fuera de este juego de prestigios. El éxito propangandístico conseguido durante la final de Fischer contra Spassky, fue la señal de partida. Cabría, pues, preguntarse si, al igual que el resto de las competiciones deportivas sobre todo a nivel internacional, el ajedrez no ha firmado su sentencia de muerte como deporte libre. El viento de la guerra fría le ha cogido en sus remolinos y nadie debe dudar del final de la partida: jaque mate. ■

Estados Unidos

Soy blanco, ¿por qué se me discrimina?

Que la opinión pública norteamericana se desliza rápidamente hacia posiciones de derecha es algo tan cierto como la pérdida de popularidad del vacilante Carter. Los signos son cada vez más claros.

ACE dos semanas escribíamos de la cruzada antifiscal iniciada en torno a la ya famosa "proposición 13" en California y seguida con entusiasmo por los ciudadanos de otros Estados. Paradójicamente, la campaña puede tener consecuencias, hasta cierto punto inesperadas, para quienes se embarcaron en ella. Por ejemplo, creará una mayor dependencia de los municipios respecto del Gobierno de cada Estado de la Unión, y de estos últimos respecto del Gobierno Federal, que tendrá que acudir en ayuda de los erarios locales si se quiere evitar un colapso en buena parte de los servicios públicos. Es decir, justo lo contrario de lo que defienden siempre en sus programas los republicanos: limitar el intervencionismo federal en los programas de asistencia comunitaria.

Tras la batalla, apenas iniciada, de Howard Jarvis, el caudillo de los antifiscales, el giro a la derecha de los norteamericanos tiene un nuevo santo y seña: Alan Bakke. Se trata de un ingeniero de ascendencia noruega que, a sus treinta y tantos años, ha descubierto que su vocación real es la Medicina. Vocación que ha estado a punto de frustrarse por culpa de un sistema de discriminación al revés que, en las Universidades norteamericanas, busca premiar y compensar de pasadas —y presentes— injusticias a las minorías, con perjuicio algunas veces para los miembros de las mayorías.

Bakke era uno de éstos. Decidido, a cualquier precio, a estudiar Medicina, el ingeniero se presentó al examen de ingreso en la Universidad de California. Y lo superó brillantemente, a pesar de lo cual vio rechazada su solicitud. De las 100 plazas disponibles, 16 eran para aspirantes de las minorías, que tenían preferencia en cualquier caso, a pesar de su calificación.

Sintiéndose tratado injustamente, Bakke decidió recurrir entonces ante el Tribunal Supremo. El veredicto, sin duda histórico, de este Tribunal fue, por un margen de un voto solamente, favorable a Bakke: era ilegal todo sistema de cupos que discriminase a los ciudadanos por razón de su color u origen étnico. Pero los jueces añadieron a la de arena, una de cal: a pesar de todo la pertenencia de un candidato a una minoría racial, debería valorarse siempre positivamente. Sin que por ello hubiera que establecerse porcentaje o cupos rígidos de admisión.

El precedente sentado por el veredicto del Supremo no puede dejar de tener repercusiones en otras instituciones. Ya las está teniendo, por ejemplo, en el conflictivo terreno laboral. Los sindicatos, extraordinariamente conservadores en Estados Unidos, que llevan años luchando contra los fondos de compensación y programas de ayuda que dedican algunas empresas a favorecer a las mujeres y las minorías, han visto de pronto el cielo abierto.

Gracias a esos programas, el número de mujeres en puestos directivos había llegado a duplicarse entre 1972 y 1977, hasta alcanzar un 16 por 100 del total, mientras que el porcentaje de ejecutivos miembros de minorías subió, en los mismos años, de un 4,6 a un 8,7 por 100.

El argumento esgrimido por los sindicatos es que la promoción selectiva de mujeres, negros, portorriqueños, etc., va en contra del sistema, que ellos consideran el único racional, de ascenso por antigüedad. Ahora sólo tendrán que remitirse al caso Bakke.

La campaña no ha hecho, en cualquier caso, nada más que empezar. En ciertas compañías como la American Telephone and Telegraph Co., a pesar de las sentencias por el momento desfavorables de los Tribunales, los sindicalistas no claudican. A la tercera irá la vencida. El tiempo y la opinión pública norteamericana juegan a su favor. ■ JOAQUIN RABAGO.